

COMEDIA FAMOSA.

VIDA, Y MUERTE DEL CID, Y NOBLE MARTIN PELAEZ:

DE UN INGENIO DE LA CORTE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

EL CID.	*ALVAR FAÑEZ.*	*DOÑA ELVIRA.*
MARTIN PELAEZ.	*LAIN.*	*BRIANDA.*
EL REY DON ALFONSO.	*BERMUDO.*	*CHAPARRIN.*
PELAYO.	*SOLDADOS.*	*ALTISIDORA.*
EL REY BUCAR.	*ARLAJA, Y CELINDA.*	*MOROS.*

JORNADA PRIMERA.

Sale el Rey Bucar, Ali, y Moros.

Rey. Que á vista de Valencia está la Infan-(ta?
Ali. Palas en el valor puso la planta
sobre el muro de Murcia, y victoriosa
de Celin tu enemigo, como Diosa
la respeta tu exército arrogante.
Rey. Hoy ha de entrar triunfante,
qual Semiramis bella en Babilonia,
con todos los soldados de Esclavonia:
bien Soliman, con mágico desvelo,
por el carácter del luciente velo,
aseguró que su valor seria
laurel de mi dichosa Monarquía.
Esta la causa ha sido,
que su bélico ardor no he reprimido;
por ella pienso ser de la campaña
Emperador de la invencible España.
Ali. Con Arlaja y Celinda, que Amazonas
son de la Siria Zonas,
se atreve á conquistar por maravilla
una y otra Castilla,
y tanto amor tu exército la tiene,
y tan gustosa viene
militando en su bélica vandera,
como si Marte fuera
su mismo General. *Tocan.*
Rey. Los instrumentos
bélicos rompen los sutiles vientos.
Ali. Dichoso dia la Ciudad espera.
Rey. Venus y Marte baxan de su esfera

Tocan caxas, y salen por un palenque la Infanta, Arlaja, Celinda, y Soldados.

Infant. Alá prospere, señor,
tu vida, que guarde el Cielo,
para que veas unidos
á tu soberano Imperio
desde Zaragoza al Betis,
desde Cantabria á Toledo,
y desde el fuerte Moncayo
á los altos Pirineos.
Rey. Hija, en mis brazos recibe
el parabien del aliento
militar, que te acompaña;
y pues el Profeta nuestro

brazo de Alá te acredita
en los Palacios excelsos,
tu corazon, si no mienten
los Celestiales quadernos,
de la diestra de Mahoma
será con valor supremo,
en favor del Alcoran,
rayo, relámpago y trueno.
Sepa yo de tu venida
el admirable suceso.
Inf. Oye, señor, mis hazañas.
Rey. Prosigue, pues. *Inf.* Está atento.
Supe que el Rey de Murcia Celidoro
hizo amistad, señor, con el Christiano,
y que el tributo de la Luna de oro
te negaba el Genizaro tirano.
Doy órden al Baxá Mahomedoro,
que con el Tercio bélico Africano
desde Denia baxase á la campaña,
unióse á mi valor, y tembló España.
Celidoro y su gente por la cumbre
de un monte divisamos, quando el dia
abriendo la pestaña de su lumbre,
iba aclarando la tiniebla fria:
Descubrióse la inmensa muchedumbre,
y pareció que el Cielo nos llovia
hombres al valle, ó que segun rodaban,
que los ayres turbantes granizaban.
En una Alfana Syrica nevada,
se presentó Celin baxando un monte,
y en otra del Jordánico criada,
al paso le salió Celeridonte:
Yo no sé si chocó Sierra nevada
con el Alpes, el Etna, y el Oronte;
sé que al chocar el uno y otro rayo,
aquel fué Pirineo, este Moncayo.
Presentóseme el bélico Celino
en un bruto del Betis indomable,
pongo la lanza en ristre, y de camino
le paso el pecho con valor notable:
Clavéle el cuerpo en el robusto pino,
y al dar dentro del pecho vegetable
el último suspiro horrible y bronco,
el alma le saqué dentro del tronco.
Del esquadron de los Christianos soles,
y del quartel de los ginetes canes,
se encuentran en Pegasos Españoles
Zulema, y el valor de los Guzmanes:
Rompen las lanzas, vuelan los faroles,
llevando los Planetas por imanes,
y el mismo Marte, por andar al uso,
por penachos marciales se los puso.
El Alfaquí, que el Alcoran enseña,
contra Muza salió de saña armado,
desde la cima de una parda peña,
á los abismos vino despeñado:
Al Profeta invocó de breña en breña,
y segun era Muza de alentado,
de un vuelo le arrojó desde la loma
sobre el gran Paraiso de Mahoma.
Los dos Reyes, señor, de Andalucía,
Zegries y Gomeles se encontraron,
y en las centellas délficas del dia,
á pesar de la parca se abrasaron:
Parecióle á la muerte que podia
descansar en el centro que buscaron,
y halló que en la palestra que ocupaban,
las almas inmortales peleaban.
Dispararon los dardos y saetas,
poblando la region del ayre pura,
dos nubes parecieron, dos cometas,
émulas de la antorcha mas celura:
Subieron en nivel las pardas metas,
y al baxar á la esfera mas segura,
las puntas por los rumbos succesivos
se clavaron en cuerpos medio vivos.
Encendióse la guerra poderosa,
tocó á muerte el impulso de las vidas,
inundóse de sangre belicosa
el arroyo inmortal de las heridas:
Arrojáronse al agua tenebrosa
las esquadras mas fuertes y atrevidas,
y como con su sangre les brindaron,
en púrpura caliente se anegaron.
Los ginetes de Denia belicosos,
que Celinda y Arlaja gobernaban,
cerraron con los Tercios animosos,
que á la parte del Norte se quedaban:
Avanzáronse tanto, que en los fosos
del fuerte de Celin, donde esperaban
algun socorro, los dexaron muertos,
inundando de sangre los desiertos.
Fue el despojo, señor, mil prisioneros,
cien carros de marlotas y turbantes,
treinta elefantes, de Africa guerreros,
y mil arcos flecheros de diamantes,
quatrocientos fortisimos azeros,
cien alfanas jordánicas volantes,

y seiscientos caballos andaluces,
hypogrifos del carro de las luces.
Murcia queda, señor, á tu obediencia,
los Castillos de Elche reducidos
á la Alcorana Luna de Valencia,
y los campos de Lorca destruidos,
temblando los rebeldes en tu ausencia,
los feudos otra vez restituidos,
desecha la amistad de los Christianos,
y con fama inmortal los Africanos.
Todo, señor, se debe á tu Corona,
triunfa, conquista, emprende, solicita,
postra, rinde, sujeta, perfecciona,
tala, reforma, da, castiga, quita,
rompe, acomete, ensalza, sigue, abona,
alcanza, fortalece, facilita; (ve,
y pues no puede haber quien te lo estor-
gima el mar, tiemble el Sur, caduque el orbe.

Rey. Vuelve otra vez á mis brazos,
Sol de la Luna que observa
nuestro Alcoran, pues de todas
eres el mayor Planeta;
y vosotras, Amazonas
de la nobleza Agarena,
llegad á mis brazos.

Arlaja. Todas
el valor que nos alienta
recibimos de la Infanta.

Cel. Como en nuestras almas reyna,
la luz de ella recibimos,
como del sol las estrellas.

Inf. Supuesto, pues, que rendido
el Reyno de Murcia queda,
demos principio, señor,
á conquistar nuevas tierras.
El Rey Alfonso ha heredado
las dos Castillas soberbias
por la muerte de su hermano
Don Sancho, que con la flecha
ó venablo, le dió muerte
sobre Zamora la bella,
Bellido Dolfos, y ahora
pretende entrar por Requena
á sangre y fuego, talando
las Católicas vanderas.
Los Berberiscos ginetes,
que se quedaron en Denia,
entren mañana, señor,
en la Ciudad de Valencia.
El Baxá Miramolin
con sus soldados, la Vega
del Turia puede ocupar;
y por la parte siniestra
de las Montañas del Sur
Almozaren nos defienda
las campañas del Moral.
Nuevos trabucos de guerra
se traigan de Berbería,
y con la marcial defensa
que de Marruecos envia
el grande Mahomad, Valencia
por señora de las gentes,
por árbirro de la tierra,
por mejor jardin del mundo,
ponga sus Régias vanderas
sobre los muros de Burgos,
de Pamplona, y de Palencia.

Rey. Ven ahora á descansar,
que en la Mezquita te espera
casi la Nobleza toda
del Reyno, para que seas
honor y gloria de quantas
ilustres Matronas Régias
defendieren en sus armas
á la gran Casa de Meca.

Inf. Yo espero que aqueste brazo,
de Alá soberana diestra,
ha de poner las diez Lunas
que dexó nuestro Profeta,
á pesar de los Christianos,
sobre la Ciudad excelsa
del gran Alfaquí de Roma,
Pontífice de su Iglesia. *vanse.*

Salen el Rey Don Alfonso, y Bermudo.

Alf. Que el Cid contra mi decreto,
hasta Toledo ha llegado?

Berm. Mil Moros ha cautivado,
contra el debido respeto
que se debe á la lianza
que hiciste sin ambicion
con el Rey Alimenon,
debida á la confianza:
tus tierras ha destruido
por una que te ha ganado:
juramento te ha tomado
en la traicion de Bellido,
y á su devocion ha puesto

los Capitanes de fama,
y en el Africa le llama
el Arábigo contexto
el absoluto Señor
de la bélica campaña,
y se imagina de España
absoluto Emperador,
y á las Cortes no ha venido,
por su ambicion singular.
Alf. Don Rodrigo de Vivar
toda mi gracia ha perdido.
Berm. El á Palacio ha llegado.
Alf. Aunque á Castilla le importe
su valor, hoy de la Corte
ha de salir desterrado:
Sale el Cid, Alvar Fañez y Laín.
Cid. A vuestros pies hace alarde
Don Rodrigo de Vivar,
que en este mismo lugar
llegó á merecer::- *Alf.* Ya es tarde.
Cid. Por su valor y lealtad,
en Castilla conocida,
si no la fama adquirida
por sus hazañas::- *Alf.* Alzad.
Cid. Parece que con disgusto
me recibis, gran señor,
y es justo que á mi valor
se favorezca::- *Alf.* No es justo.
Cid. No es justo? *Alf.* No.
Cid. Pues mi fe
en qué, Alfonso, os ha agraviado,
qué causa, señor, he dado
para que vos::- *Alf.* Yo la sé.
Cid. Vos la sabeis, mi lealtad
se amancilla sin honor;
si algun aleve traidor
de mí os ha dicho::- *Alf.* Escuchad.
Dias ha, Cid Campeador,
que me tiene disgustado
vuestra materia de estado,
indigna de mi valor.
En primer lugar presento
á vuestra soberbia idea,
que dentro de Santa Gadea
me tomasteis juramento
sobre si parte tenia
en la muerte de mi hermano,
desacato soberano,
y especie de alevosía;
pues fuera mas justa ley
de la nobleza aplaudida,
que le quitárais la vida
á quien dió la muerte al Rey:
pues dixo alguno en Toledo
que quando al muro llegasteis,
de Zamora no pasasteis,
ú de cautela, ú de miedo.
El segundo cargo ha sido
tan vuestro como infiel,
pues con ánimo cruel
el Reyno habeis destruido
del Rey Moro de Toledo,
que en mi palabra fiado,
estaba bien descuidado
de semejante denuedo.
Quién os dió licencia á vos
para quebrantar las leyes
que ajustaron vuestros Reyes,
puestos por manos de Dios
sobre la tierra? qué hazaña
puede ser la que ha rompido
el fuero favorecido
por mi Consejo en España?
Fuera de esto, os he llamado
á las Cortes, y fingisteis,
que en las guerras anduvisteis
conquistándome un Estado.
Y quando á Cuenca queria
con mis armas conquistar,
me dixisteis en Vivar,
que experiencia no tenia
de la guerra, que era mozo
para salir á campaña,
sin castigar en España
el desvelo cauteloso
de algunos, que mal contentos
estaban de mi poder:
accion de no obedecer
mis bien fundados intentos,
siendo así que se condena
vuestro consejo fingido,
pues os fuisteis atrevido
á ver á Doña Ximena,
y me dexasteis, Rodrigo,
con la carga del Imperio,
sujeto á que en cautiverio
me pusiese el enemigo.
Todos estos cargos son

tan ciegos por la codicia,
que estan pidiendo justicia
à mi recta indignacion.
Vasallo tan atrevido
no ha de vivir en mi tierra,
aliméntele la guerra,
pues de la guerra ha vivido.
Salid luego desterrado
de mi Reyno, que no es justo
que yo reciba disgusto
de un vasallo que ha llegado
á oponerse á mi poder,
llevado de su valor,
que el criado á su señor
debe siempre obedecer.
La sentencia que os he dado
cumplid luego, porque sea
la jura en Santa Gadea
escándalo de mi Estado.
Los puestos y los tesoros
que adquiristeis en la guerra,
veré si puedo en mi tierra
confiscallos contra Moros;
y esta ley de mi grandeza
se cumpla como ella está,
porque de no, baxará
á los pies vuestra cabeza.

Hace que se va.

Cid. Sin oirme os quereis ir?
no, Rey Alfonso, volved,
que os llama el Cid, deponed
vuestro enojo, que cumplir
debo.
Alf. No es tiempo.
Cid. Escuchad.
Alf. No teneis que persuadirme.
Cid. Digo otra vez que ha de oirme,
señor, vuestra Magestad:
acordaos que soy el Cid.
Alf. Ya lo sé, no sois::-
Cid. Yo intento::-
Alf. Quien me tomó el juramento?
Cid. El mismo soy.
Alf. Proseguid.
Cid. En primer lugar, mi espada,
y este brazo, que os abona,
os puso bien la Corona,
que aunque estaba laureada
vuestra cabeza Real
por la justa succesion,
sin tomar la posesion
os asentaba muy mal.
Si juramento os tomé
no fué contra la lealtad,
ántes á la Magestad
perfectamente aboné.
Porque apénas mal contento
el vulgo bárbaro ví,
quando el daño redimí
con la ley del juramento.
Si por la junta ó las leyes
os quejais de enojo ciego,
cumpla yo con Dios, y luego
quéjense de mí los Reyes.
El traidor que os dixo, sí,
que á Bellido no maté,
y que de miedo no entré
la puerta (pesar de mí!)
de Zamora, vive Dios,
que os ha engañado en Toledo:
decidle que busque al miedo,
porque, hablando entre los dos,
si en mi valor se repara,
por San Pedro de Cardeña,
que si el miedo no me enseña,
que no le he visto la cara.
Quando á Zamora llegué,
el traidor, buscando el centro
de su vida, estaba dentro,
cerrada la puerta hallé.
Vuestra sangre me obligó
á no trepar por el muro,
que en él no estaba seguro
el traidor que le mató:
que en el traidor sin segundo,
por San Millan que matara
quantos traidores hallara
por el término del mundo.
Y si alguno os ha informado
mal de mí:: pero este Solio,
de los Reyes Capitolio,
es un divino sagrado.
El decoro no perdamos
al lugar que obedecemos,
las pasiones moderemos,
y al segundo cargo vamos.

Si en las Cortes, si se advierte,
no me hallé, fué porque estaba
con los Moros que mataba
en las Cortes de la muerte.
No os faltó mi voto á vos,
que en la guerra singular
hice voto de matar
los enemigos de Dios.
Los dos vimos en la tierra
vuestro valor mejorado,
vos en Consejo de Estado,
yo en el Consejo de Guerra.
No falté á la Magestad,
que en las Cortes del valor,
cada palabra, señor,
os valia una Ciudad.
Culpáisme porque atrevido,
con católico denuedo,
hice guerra á el de Toledo?
el Bárbaro la ha tenido.
Qué consejo soberano
puede aprobar en su tierra
que rompa el Moro la guerra,
y no la rompa el Christiano?
No me hableis con intencion,
que sé por cosa muy clara,
que si á Toledo os ganara
que aprobárades la accion.
Si á Cuenca no permití
que se conquistase, fué,
porque desigual hallé
la fuerza que en vos no ví.
No está el arte del vencer
en la juventud, señor,
la experiencia es en rigor
la ciencia del poseer.
La guerra se ha de intentar
con muy maduro consejo,
el poder es un espejo
donde se debe mirar.
Y sabed, por maravilla,
que os conquistó mi persona
desde Toledo á Pamplona,
desde Galicia á Castilla.
Quince Reyes he vencido,
diez Castillos he ganado,
un Reyno os he conquistado,
y una Provincia rendido.
Y finalmente, aunque vos
me desterreis por estado,
no teneis ningun soldado
mejor que yo, voto á Dios,
y esta espada.
Alf. Basta, digo.
Cid. No basta, Rey Soberano,
que los disgustos de un Rey
son muerte de los vasallos.
Que os dexé, me decis vos,
mejor, señor, os dexaron
en los campos de Viana
esos Infanzones bravos,
Capitanes de la envidia,
lisonjeros de Palacio,
quando en poder de quarenta
Aragoneses Africanos
os llevaban preso; y yo,
dando espuelas al caballo,
de los quarenta ginetes
diez solos vivos quedaron;
y no quedaron, que huyeron
del noble Cid Castellano.
Y alguno que me está oyendo
fué el primero que vagando
los vientos, á rienda suelta
se puso, señor, en salvo.
Yo lo digo, Don Bermudo,
miradme bien, que yo os hablo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
salid luego desterrado
por un año de mi Corte.
Cid. Yo me destierro por quatro.
Alf. Por atrevido os destierro.
Cid. No soy sino temerario.
Alf. Son muchos vuestros delitos.
Cid. Ya he respondido á los cargos.
Alf. Sin vos viviré contento.
Cid. Vivid, señor, muchos años.
Alf. No sois vos el Cid Ruy Diaz,
el soberbio Castellano?
Cid. Si señor.
Alf. Guárdeos el Cielo:
Don Bermudo? *Berm.* Señor.
Alf. Vamos. *Vánse los dos.*
Alv. Este desprecio has sufrido?
Cid. Es mi Rey, soy su vasallo.
Lain. A no estar el Rey delante,
á Don Bermudo:-
Cid. En Palacio to-

todo es respeto, Laín.
Alv. Ese, señor, veneramos.
Cid. Ea, Alvar Fañez, Laín,
del orbe terror y espanto,
seguidme, y juntemos luego
nuestros fuertes aliados
para cercar á Valencia:
conquistemos, Castellanos,
al Rey Alfonso otro Imperio,
en pago de estos agravios.
Alv. A tu lado moriremos,
como valientes soldados.
Lain. Al calor de tu vandera,
todos, señor, militamos.
Cid. De las Asturias de Oviedo
hoy, Alvar Fañez, aguardo
á Martin Pelaez, mi deudo,
que será grande soldado
andando en mi compañía:
tú verás, Alfonso, quanto
debes estimar al Cid,
á quien hoy has desterrado,
por haberte dado Imperios,
por haberte conquistado
á Zamora y á Palencia,
á Valladolid y á Campos;
pero á pesar de traidores,
esta espada y este brazo
te conquistarán laureles,
te darán nuevos Estados,
te añadirán nuevos triunfos,
y sabrás desengañado
quien es el Cid, á quien llaman
el soberbio Castellano.
Vase, y sale huyendo Martin Pelaez, y su padre tras él, y Chaparrin.
Pel. Hijo, dónde vas? espera,
qué tienes? sosiega, aguarda,
qué nuevo impulso acobarda
tu sangre de esa manera?
Chap. Esa gayta ó chanfonía
que el Cid á esta tierra envió,
á los dos nos asustó.
Pel. Tú has de mostrar cobardía,
quando el buen Cid Castellano
te llama para que seas
honor de Asturias, y veas
de tu Solar soberano
el trofeo militar
de tus padres adquirido?
La cítara que á el oido
de Marte suele alentar,
te altera? *Tocan.*
Mart. Qué desconsuelo!
Pel. Te atemoriza?
Mart. Qué horror!
Pel. Te acobarda? *Mart.* Qué rigor!
Pel. Te inquieta?
Mart. Válgame el Cielo!
Chap. No se canse su mercé,
su hijo y yo somos dos
gallinas, sí, juro á ños.
Pel. Calla, infame.
Chap. Callaré.
Pel. De la caxa y el clarin
tiemblas?
Chap. Como tiemblo yo.
Pel. Tú eres mi hijo? Eso no,
que no es mi sangre tan ruin.
Mart. Ay de mí!
Padre y señor,
el corazon sosegad,
y atentamente escuchad
lo que importa á vuestro honor.
Estas Montañas de Asturias,
que por los altivos montes
de Leon, si no atalayas
del Occeano, son torres,
son mi Patria: la crianza
que me dieron estos robles,
fué el pacífico silencio
de aquesta soledad noble,
en cuyo caos divertido,
en cuyo alvergue conforme,
la sábia naturaleza,
de los militares golpes,
de los marciales estruendos,
y belicosos rumores
me libró, y en la eminencia
de aqueste vecino monte,
por merced de las estrellas,
con impulsos superiores
me dexó por escondido,
y me perdonó por pobre.
Aquí me habeis enseñado
á sembrar la tierra torpe,
á encanecer esa sierra

de los ganados menores;
y desde que ví la luz
del gran Padre de Faetonte,
y me mecieron los hados
en la cuna de ese bosque,
de esta silvestre Provincia,
de este rudo Imperio, donde
me crié, nunca he salido
á extrangeros horizontes;
y en su Reyno, coronado
de peñascos y de flores,
valles, arroyos y fuentes,
buen Pastor, y mal Adonis,
buen labrador, mal soldado,
me alvergo dichoso jóven;
en cuya segura vida,
por no tener ambiciones,
por no envidiar las riquezas,
por no aprobar los rigores,
por no agraviar á los Pueblos,
por no robar á los hombres,
por no matar por estado,
ni desagraviar pasiones,
la justicia con que vivo
me coronó de favores.
Parece ser que llevado
vos de aquella sangre noble
que os dió el Cielo, pretendeis,
porque el Cid la vuestra goce,
siendo tan cercano deudo,
que yo sea, ó que yo logre,
debaxo de su vandera
de los Alarbes pendones
el triunfo marcial, ganando
eterno lauro á mi nombre:
dices bien, pero sabed,
que la armonía del orbe
consta de infinitas cuerdas
desiguales en las voces.
Yo, padre y señor, no tengo
el aliento vital, donde
consiste el marcial estruendo,
tan fecundo, que corone
de rayos al alvedrío.
No esta arquitectura noble,
no este cuerpo organizado,
ni estas arterias disformes
son alma de este edificio,
sino el corazon, que impone
leyes vitales al brio;
y aunque soy noble, se encoge
tal vez el ardor viviente,
y tímidamente torpe,
discurriendo por las venas,
le yela, le descompone,
le atemoriza, le ofende,
y cobardemente inmovil,
en la oficina del pecho
el alma noble se esconde,
porque el caso no le infame,
y el lugar no le inficione.
Yo no sé de qué procede
este, que atrevido rompe
los impulsos de la ira:
bien sé que debo á las voces
de la honra que heredé
de tantos hidalgos nobles
acudir; pero si el Cielo,
que reparte por su órden
leyes del quinto Planeta,
que son los marciales soles,
pequeña pavesa anima
á esta materia de bronce:
qué culpa tiene el discurso,
si el valor no le socorre?
Yo siento en mí por la parte
de la nobleza un desórden
invencible, un corazon
hecho de dos corazones;
pero al punto que el temor
con arrullos gemidores,
con susurro movimiento
me yela, me descompone
la ira con la templanza,
y á vista de los ardores
el limpio azero suspende,
y el corvo alfange depone.
Y supuesto que yo mismo
no pude hacerme, y que el golpe
de aquesta fortuna adversa
nace de impulsos mayores,
dexadme en mi humilde esfera,
padre y señor, sin que noten
mis flaquezas inculpables
las extrangeras Naciones:
aquí viviré seguro,
pasando plaza de jóven
alentado en el discurso,

que

que con cordura los hombres
pasarán plaza de Alcides
encubriendo sus pasiones.
Querer que vaya á la guerra,
es querer que me deshonren
los amigos y enemigos,
que mis faltas no conocen.
Filósofo soy, que busca
la quietud entre estos robles,
escribiendo sus defectos
en las peñas de estos montes,
que se ocultarán mejor
que entre láminas de bronce.
Aquí puedo yo, señor,
dar á vuestra casa honores,
sustentando con prudencia
en todas las ocasiones
el valor que me han negado
esos Diáfanos once,
impulsos que estan pendientes
del último y primer móvil.
No violenteis mi alvedrío,
ni me saqueis contra el órden
que me dió naturaleza
á la campaña disforme,
á ser entre los soldados,
que son de Marte leones,
fábula de vuestra sangre,
y afrenta de mis mayores.
No á todos, señor, nos suenan
bien las militares voces,
ni los laudes de Marte
animan los corazones
de los que estan enseñados
á oir entre ruyseñores
cláusulas dulces del alva,
armonía de los orbes.
Yo he estudiado en estas hojas,
que los zéfiros descogen,
muchas letras naturales;
y á la luz de esos faroles
he leido que la vida
es un tránsito que coge
la muerte y la sepultura,
en cuya mansion el hombre
apénas se acuesta dia,
quando se introduce noche.
Yo no pretendo, señor,
ir del campo á los salones
de Palacio, á pretender
(por haber muerto á los hombres)
plaza de fiera, ni quiero
que se vistan mis pasiones
de la túnica de Marte.
Vístanse los ricos hombres,
los guerreros, los valientes,
y los bravos Infanzones,
que á mí me basta, señor,
aquella túnica pobre
que nos da la muerte quando
nos da el sepulcro por norte.
Suspended, pues, el decreto,
que no todos los varones
de conocidos solares
libraron sus pundonores
en las armas, que las letras,
con inmortales renombres
levantaron muchas casas
al solio de los señores.
Yo, en efecto, no he nacido
con aquel ímpetu noble,
con aquel valiente ardor,
que saca entre los humores
el relámpago viviente,
que ostenta luces feroces.
Ultimamente, estas breñas
por hijo me reconocen,
aquí pretendo vivir
sin que la guerra me postre,
sin que la envidia me acabe,
la conquista me corone,
la tiranía me alhague,
la crueldad me desenoje,
la atrocidad me condene,
la ciega ambicion me estorve,
y en fin, como bruto fiero,
sin ley, sin Dios, y sin nombre,
me coja en pecado aquella
vida y muerte de los hombres.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo y yo somos dos
gallinas, sí, juro á ños.
Pel. Calla, infame.
Chap. Callaré.
Pel. Martin Pelaez, hijo, advierte
que hombre noble nunca ha sido
cobarde, porque ha nacido
peleando con la muerte.

La nobleza es un diamante:
nace bruto el hombre, y luego,
si es noble, descubre el fuego
de aquel ardor vigilante.
Tú, como nunca has salido
á campaña, bruto estás;
pero tú te labrarás
al son de Marte lucido.
Tú no tienes sangre mia? *Mart.* Sí.
Pel. Pues mi sangre defiendo
como mi sangre.
Mart. Yo no entiendo
tan noble filosofia:
si vuestra sangre heredé,
y cumplo con la quietud
las leyes de la virtud,
vuestra nobleza aumenté.
Lo que reparte al formar
Dios y la naturaleza
al hombre, no habrá nobleza
que se lo pueda quitar.
Si Dios no me concedió
este marcial frenesí,
quién me puede dar á mí
lo que el Cielo no me dió?
Si el natural accidente
hace de su sér alarde,
cómo puede ser cobarde
quien no ha nacido valiente?
Cobarde se ha de llamar
el que nació con valor,
y no sustenta su honor,
pudiéndolo sustentar;
pero el que tuvo al nacer
pacífica inclinacion,
no faltando á la razon,
nadie le puede ofender.
La perfecta cobardía
es aprender á matar;
pero saber perdonar
es la mayor valentía.
De lo que soy me disculpa
la fábrica que formasteis,
porque si vos me engendrasteis,
en qué he tenido la culpa?
Y pues la causa no dí,
dad muchas gracias á Dios,
que no me quejo de vos
de haberme engendrado así.
Y no os canseis, finalmente,
en reprobar lo que apruebo,
que si no me haceis de nuevo,
yo no puedo ser valiente.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo y yo somos dos
gallinas, sí, juro á ños.
Pel. Calla, infame.
Chap. Callaré.
Pel. Hijo, el Cid, como soldado,
quiere que á su lado seas
Scipion, para que veas
tu claro blason honrado.
Armas y espada lucida
te envia de la campaña,
y será afrenta de España,
y de Asturias conocida
baxeza, que un hijo suyo,
como tú, no se arme luego
de aquel encendido fuego,
de aquel mongibelo, en cuyo
incendio vive el ardor
á par del tiempo inmortal.
Mart. Mirad que os está muy mal,
padre, ese marcial favor.
Pel. Mal me puede estar que veas
la cara á la guerra?
Chap. Sí, porque él y yo::-
Pel. Quién á tí te llama
para que seas,
bruto, en materia tan grave
consejero?
Chap. Porque á yo,
y mi amo, nos parió
sin duda alguna, aquella ave
que junto al gallo se acuesta,
y en espantándole, sí,
á él, me espantan á mí:
si por esta cruz, por esta.
Pel. Mi maldicion te echaré,
si no te armas caballero:
cíñete luego el azero.
Chap. No se canse su mercé,
mi amo y yo somos dos.
Pel. Infame, tú hablas aquí?
Chap. Sí, que mi amo está en mí,
y yo estoy en él por Dios;
porque si mi amo fuere
valiente, lo he de ser yo.

Mart.

Mart. Siempre un hijo obedeció
á su padre; mas se infiere,
que esta obediencia forzada
en mí viene á ser virtud,
y en vos, padre, ingratitud:
al punto venga la espada.
Chap. La mia venga tambien.
Mart. Armarme quiero (ay de mí!)
Chap. Armarme quiero (ay de tí!)
Pel. Darte quiero el parabien,
Elvira.
Sale Elvira de labradora, y Brianda.
Elv. Señor. *Pel.* Sobrina,
las armas que le ha enviado
el Cid á tu primo, al punto
las traigan aquí.
Chap. Del gallo, Brianda,
todas las plumas á mí,
y aquel que me dieron, casco
de hierro, con el lanzon
con que alanceo los gansos,
me traigan aquí: señor,
es de burlas este ensayo,
ú de veras.
Mart. Chaparrin,
luego hablarémos despacio.
Chap. Hemos de ir á matar Moros?
Mart. Es fuerza salir al campo.
Chap. Armados? *Mart.* Sí.
Chap. Bien está:
armas, armas.
Sacan en una fuente peto, espaldar y espada, y le arman á Martin; y para Chaparrin un casco con unas plumas de gallo.
Briand. Ya las traigo.
Elv. En fin, primo y señor, vais
á la guerra? *Mart.* Si los hados,
ó la fuerza de mi estrella,
Elvira, lo han decretado,
qué remedio?
Elv. Y nuestro amor? *ap.*
Mart. Y nuestro amor, prima::- turbado
estoy de ver este abismo
de confusion y de espanto.
Pel. Hijo, yo te quiero armar.
Briand. Chaparrin, que ya ha llegado
la hora en que de esta casa
vayas á la guerra?
Chap. Vamos
yo y mi amo á coger liebres,
ó andar á caza de galgos,
que lo mismo son de Moros.
Briand. Dime, no me traerás quatro?
Chap. Como yo los halle muertos.
Briand. Estás guapo.
Pel. Qué bien te sientan las galas!
pareces un gran soldado.
Mart. Hay del serlo al parecerlo,
padre, un camino muy largo.
Pel. Este conquista el valor
con el ánimo esforzado.
Mart. Válgate Dios por valor!
dónde estás que no te hallo?
Pel. En el corazon no sientes,
con esa espada en la mano,
nuevo espíritu? *Mart.* El azero,
como es rayo acicalado,
es espejo de la muerte,
y ya no le temo tanto:
cuerpo de Dios, con las armas
me parece que he cobrado
el espíritu del Cid:
cierra España, Santiago.
Tocan el clarin, y tiemblan los dos.
Pel. Eso sí, cuerpo de Dios,
el clarin te ha desmayado?
de qué tiemblas? *Mart.* Pues si no
temblara yo, ni los diablos
oponérseme pudieran.
Pel. Vuelve en tí.
Mart. Ya se ha pasado
la quartana del leon.
Briand. Tambien tiemblas tú, borracho?
Chap. No te admires, porque yo
soy el mono de mi amo.
Mart. Ea, padre, llegó el dia
en que á la guerra me parto,
dadme vuestra bendicion,
y los brazos. *Pel.* Hijo amado,
Dios vaya en tu compañía,
mi honra pongo en tus manos:
morir con ella es vivir,
aun á pesar de los hados. *vase.*
Mart. Prima, perdonar, que creo
que no es buen enamorado
el que no ha sido valiente:
hasta que haya conquistado

 el

el nombre de Capitan,
no he de verme en vuestros brazos.
Elv. Yo fio de vuestro aliento,
y corazon esforzado,
que dareis á vuestra sangre
blasones tan señalados,
que inmortaliceis su nombre:
y á Dios, mi señor, que el llanto,
dulce castigo de amor,
sale á los ojos triunfando
de mi alvedrio; qué pena!
qué dolor! ausencia, vamos
á morir, que así lo ordena
la influencia de los astros. *vase.*
Briand. A Dios, Chaparrin querido.
Chap. Encomiéndame á Santiago,
que vó á lidiar con Mahoma.
Briand. Una Novena á ese Santo
te he de hacer.
Chap. Así lo creo
de tu virtud y tu trato.
Briand. A Dios, Chaparrin.
Chap. A Dios,
chaparra de otro chaparro.
Briand. Allá vas, cómante lobos. *vase.*
Chap. Y á tí te lleven los diablos.
Mart. Fuéronse? *Chap.* Sí, ya se fueron,
y los dos hemos quedado
para un melonar, señor,
extremados espantajos.
Mart. Qué haremos?
Chap. Ir, y sin ver
quatro Moros en un año,
volvernos con nuestras caxas
de lata, y nuestros despachos,
á quien llaman en la guerra
servicios empapelados,
que con ellos, y con treinta
muertecitas de Rosario,
yo seré el Cid Campeador,
y tú Bernardo del Carpio.

JORNADA SEGUNDA.

Sale el Cid, Alvar Fañez, Lain, y soldados.

Lain. Licencia pide, señor,
Martin Pelaez, que ha llegado
de Asturias á ser soldado,
y á gozar de tu favor,
para hablarte. *Cid.* Entre, Lain,
que bien deseado ha sido
del amor que le he tenido
sin haberle visto: en fin,
la sangre que tiene mia
hace de su gozo alarde.

Salen de gala Martin Pelaez y Chaparrin.

Mart. El cielo dilate y guarde,
por bien desta Monarquía,
tu vida, señor, de suerte
que con inmortal renombre,
Marte eternice tu nombre
sobre el trono de la muerte.
Cid. Llegad, llegad á mis brazos,
Martin Pelaez, levantad.
Mart. Qué valor! qué gravedad!
esos militares lazos
serán impulsos divinos,
pues con ellos, y el favor
que me haceis, tendré valor.
Cid. Los soldados peregrinos,
de su propio movimiento
le tienen; primo, llegad,
á mi sobrino abrazad:
y vos, Lain, cuyo aliento
terror de los Moros es,
favoreced á Martin.
Lain. El ser su amigo Lain,
es su mayor interes.
Alv. Alvar Fañez por amigo
se ofrece vuestro. *Mart.* Señores,
con tan divinos favores,
me temerá el enemigo.
Cid. Buena presencia teneis,
no sois nada afeminado,
el cuerpo es de gran soldado.
Chap. El se lo dirá despues:
oyes, no des testimonios
de quien eres, porque al fin::-
Mart. Quién nos traxo, Chaparrin,
entre estos fieros demonios?
Chap. Lo que es tu tio, un leon
no es tan fiero como el,
severa vista. *Mart.* Cruel.
Chap. Jesus, qué bravo Sanson!
Cid. Quién sois?
Chap. Responde tú.

Mart. Criado mio, y soldado.
Cid. Hombre parece alentado.
Chap. Señor, soy un bercebú;
pero mi amo Martin,
sobrino de su merced::-
Mart. Mira lo que hablas.
Chap. Yo sé,
que es un Roldan palanquin,
mata un toro de una voz,
un oso de una puñada,
un tigre de una patada,
y seis perros de una coz.
Cid. En qué allá se entretenia?
Chap. Señor, en la caza andaba.
Cid. Buen exercicio. *Chap.* Cazaba
todo aquello que comia:
en oyendo él un clarin,
es gusto vello rabiar
por salir á pelear.
Cid. Acude á su sangre, en fin.
Chap. Si señor, riñendo quedo,
á mil Moros, por lo baxo,
se los llevará de un tajo,
como sea el de Toledo.
Cid. Martin Pelaez, el honor
en los nobles siempre ha sido
rayo de Marte encendido
en la esfera del valor.
De quien habeis de estudiar
todos los marciales fueros,
es de aquestos caballeros.
Su doctrina militar
de norte os puede servir
para llegar á vencer,
que la regla del poder
con ellos se ha de medir:
á su mesa os sentareis
para quedar mas honrado,
y de visoño soldado
á Capitan llegareis.
Hoy en el número entrais
de los soldados que abona
mas cerca de mi persona
el valor; y pues gozais
este puesto sin segundo,
con afecto singular,
procurarle conservar
en el teatro del mundo.
Mart. Yo, señor, procuraré
cumplir con mi obligacion,
y en la primera ocasion
con valor me empeñaré,
que aunque visoño soldado,
al lado de estos dos soles
seré blason de Españoles.
Chap. Lindamente has blasonado.
Cid. Discurramos, Capitanes,
el estado de la guerra:
ya ganamos á Alcocer,
Almenar, Monzon y Huesca,
y poniendo espanto al mundo,
venimos desde Requena
á sangre y fuego talando
todo el Reyno de Valencia.
Tres leguas de la Ciudad
estamos; esa diadema
de los paises de Arabia,
pensil de naturaleza,
trono bélico de Marte,
solo de la quinta esfera,
Paraiso de los orbes,
y Eliseo de los planetas;
y finalmente, Ciudad
que no admite competencia,
porque en sitio y magestad,
edificios y grandezas,
fué Metrópoli de quantas
tuvo Roma, y formó Grecia:
y en fin, por joya en el mundo
la puso Dios en la tierra.
Esta, pues, soldados mios,
conquistarémos á fuerza
de armas, á pesar de Bucar,
alarbe Rey, que la puebla
con mas de treinta mil Moros
de la sangre Sarrâcena.
Nuestro número es muy corto,
yo presumo que no llega
nuestro exército á dos mil
soldados, que hecha la cuenta,
á cada uno nos cabe
en la batalla sangrienta
sus ciento y cincuenta Moros;
no es mucho, que el que pelea
por la Fe lleva á Santiago
por Patron en su defensa.
Y Santiago allá en Clavijo,
con apretar las espuelas

al caballo, se llevó
en una santa carrera
ciento y noventa mil Moros;
detúvole Dios la rienda,
quizá por nuestros pecados,
que segun iba de priesa,
no queda Moro en España
á quien no abra la cabeza.
Tocan, y gritan dentro.
Pero el Moro está en campaña.
Alv. Y va baxando á la vega.
Lain. A nuestros quarteles baxa.
Chap. Aquí fué Troya de veras.
Sale el Rey Bucar y la Infanta, y algunos Moros atravesando el tablado.
Inf. Agarenos valerosos,
viva nuestro gran Profeta.
Batalla de Moros.
Cid. Paganos, la Fe de Christo
viva, y estos perros mueran.
Otra de dos en dos.
Mart. O pese á mi miedo.
Chap. O pese
el alma que me engendró.
Dent. Cid. Santiago, cierra España.
Chap. No cierras tú?
Mart. Chaparrin,
sígueme por esta senda:
tienes ánimo? *Chap.* Ninguno.
Mart. Por qué tiemblas?
Chap. Porque tiemblas.
Mart. Partamos de aquí.
Chap. Partamos. *vanse.*
Mart. Ven, porque el Cid no nos vea.
Chap. Ya yo soy: Jesus, los Moros
que parte el Cid por las piernas!
y Alvar Fañez despachurra
á los Moros á docenas;
solo mi amo se está
tan sesgo como una dueña:
el esquadron de los Moros
no tiene pies ni cabeza,
la batalla está encendida,
solo mi amo se yela:
Jesus, y quál sale huyendo!
dónde vas de esa manera?
Mart. Sígueme. *Chap.* Aguarda.
Mart. Viene el Cid?
Chap. Detente, espera.
Dent. Cid. Seguid todos el alcance.
Chap. Los Moros huyen, no temas.
Dent. Cid. Cierra España, Santiago.
Chap. Ahora puedes tenderla.
Vánse, dase la batalla, y luego sale el Cid.
Cid. De la batalla huyendo
Martin Pelaez, y del confuso estruendo
cobarde se ha salido;
así el solar de Asturias conocido
afrenta, y su linage
con tan villano ultrage
bárbaramente infama,
quando entendí que su valor y fama
se extendiese en los términos del mundo,
sin admitir en el valor segundo?
Corrido estoy que tenga sangre mia:
cómo en mi compañía
hombre cobarde alienta
con deshonor tan conocida afrenta?
Disimular conviene este cuidado,
y sea con prudencia castigado
delito tan infame,
que así es muy justo que el valor le llame.
Sale Alvar Fañez, Lain y Chaparrin.
Alv. Los Arabes retirados,
nos dexaron la campaña.
Cid. Honor y gloria de España
fueron todos mis soldados.
Lain. Hasta Valencia, señor,
el alcance hemos seguido.
Alv. Martin Pelaez, Lain,
de la batalla salió?
Lain. Cobardemente se huyó.
Mart. No nos vieron, Chaparrin.
Chap. Linda traza hemos buscado
para guardar el pellejo.
Mart. No es mejor este consejo,
que morir desesperado?
Chap. Dios dixo, no matarás,
y guardas su mandamiento
tan bien como en un Convento.
Mart. Es locura lo demas.
Cid. No hay duda que saldrá el Moro
con nueva gente esta tarde:
qué mi sangre sea cobarde
contra el blason y decoro
que se debe á la nobleza!
sacad las mesas; qué error!

Sacan dos mesas, una para el Cid, y la otra para los soldados.

Chap. A comer tocan, señor,
alimenta tu flaqueza,
por si hubiere otro Santiago,
que yo quiero en mi campaña
hacer otro cierra España
en la Ermita de Santiago.

Al irse á sentar con los caballeros Martin le detiene el Cid.

Cid. Esperad, Martin, los fueros
de la guerra son avaros,
no mereceis vos sentaros
donde aquesos caballeros.
Este lugar para vos
es un lugar indecente,
y mi fama no consiente
que le ocupeis, vive Dios.
No, Pelaez, sentaos conmigo
á mi mesa,
á qualquiera caballero
por pariente, y por amigo.

Mart. De la faccion no me pesa, *ap.*
claro está que estoy bien quisto,
porque si me hubiera visto
no me sentara á su mesa.
Si con él nadie ha comido,
mayor lauro me previene
que á Alvar Fañez, pues me tiene
para su mesa escogido.

Lain. Por cobarde le ha sentado
á su mesa.

Alv. Vive Dios,
que era infamia de los dos
el ponerlo á nuestro lado:
á buen soldado fió
el Cid tan honroso cargo.

Lain. Este es noble? este es hidalgo
no es posible.

Alv. El se salió
de la batalla primera
que se dió á Miramolin,
y valiera mas, Lain,
que á la guerra no viniera.

Cid. Bien os habeis señalado
en esta guerra.

Mart. Señor,
como es visoño el valor::-

Cid. Decis bien, sois gran soldado;
si siempre lo sois así,
ganaremos á Valencia
muy brevemente: paciencia, *ap.*
corrido estoy.

Mart. Siempre fuí
inclinado á pelear.

Cid. Muy inclinado á pelear.

Mart. Con el tiempo vendré á ser::-

Cid. Un Xerxes, no hay que dudar.

Chap. Dado estoy á bercebú:
digo, puedo yo ocupar
por mi amo este lugar?

Alv. Mejor lo mereces tú:
come, Chaparrin, que al fin
si no entraste, no saliste.

Chap. Estos dieron en el chiste,
por vida de Chaparrin.

Cid. Gustais de música?

Mart. Aquí música, señor?

Cid. Pues no?
la militar gusto yo:
toca un clarin.

Tocan, y tiemblan.

Mart. Ay de mí!

Cid. Qué teneis?

Mart. Nada, señor.

Cid. Sosegad.

Mart. Estoy turbado.

Cid. Martin Pelaez, qué os ha dado?

Alv. De qué tiemblas?

Chap. De temor.
Señor Cid, por vida mia,
que nos disculpe á los dos,
que de la cuna, por Dios,
nos quedó esta alferecía.

Cid. Ola, levantad las mesas,
y solo quede conmigo
Martin Pelaez.

Mart. Aquí muero.

Chap. Mi amo está tamañito. *vase.*

Cid. Pues solos hemos quedado,
Martin Pelaez, escuchad,
y de mi enojo sacad
vuestro error, ó mi cuidado.
En público no ha de oir
el reo duelos agenos,
que las faltas de los buenos
á solas se han de reñir.
Que seas mi sangre, no sé,

pe-

pero quando lo sèais,
no en el valor lo mostrais,
ni en vuestra espada se ve.
Volver el ímpetu atras,
ser noble, y salir huyendo
de la batalla, no entiendo
que se haya visto jamas.
La nobleza y el valor
son el iman del acero,
ninguno ha sido primero,
todos atraen el honor.
El temor siempre es mortal,
el pundonor nunca muere,
el uno baxeza adquiere,
y el otro nombre inmortal.
Vos sois noble y caballero?
no lo sois, sí, yo lo digo,
que el que huye al enemigo,
ó es cobarde ó lisonjero.
De qué temblais en la guerra?
no os embravece el estrago,
quando dicen Santiago,
cierra España, España cierra?
Cuerpo de Dios con el vicio
cobarde, lindos decoros,
quando yo mato mas Moros,
entonces tengo mas juicio.
Qué es huir? por San Millan,
que alabo á mi Dios Eterno
quando despacho al infierno
las almas del Alcoran.
Amigo, saber morir
con honra, vida se llama,
que en la gloria de la fama
consiste solo el vivir.
En la esfera del honor,
y el solio de la grandeza,
el valor hace nobleza,
y la nobleza valor.
Hombre comun puede ser
valiente, temprano ó tarde;
pero hombre noble cobarde,
yo no lo puedo creer.
Los soldados qué dirán,
viendo que salis huyendo,
y que se quedan riendo
los perros del Alcoran?
Qué dirán de vos; decid?
dirán con cuerdo sentido
qué hombre es este que ha traido
para aquesta guerra el Cid?
En mesa de los valientes
caballeros no se sienta
quien hace al valor afrenta,
en la mia hay accidentes,
que con la desigualdad
queda afrentado el sugeto,
pues dura tanto el respeto
como dura la igualdad.
Aquesa mesa se llama
Templo, y Marte no consiente
que hombre cobarde se siente
en el Templo de la Fama.
Para merecerla vos,
habeis de matar primero,
con el valor y el acero,
los enemigos de Dios.
Matadlos, pesar de mí,
y de quien os envió
á la guerra, adonde yo
á ser valiente aprendí:
matadlos, digo, ó morir
como valiente soldado,
que no muère el que es honrado;
esto os notifica el Cid;
y de no, mudád de intento,
entraos á servir á Dios,
(que aquí no le servis vos)
desde luego en un Convento.
Obre el valor este dia
lo que el acero no obró;
perded el miedo, que yo
no tengo en mi compañía
sino Roldanes, Reynaldos,
Alexandros, Scipiones,
Xerxes, Cesares, Sansones,
Anibales y Bernardos. *vase.*

Mart. Pues no me he caido muerto
oyendo tales oprobios,
ó no es cierto lo que he visto,
ó es mentira lo que toco,
ó es muerte la que poseo,
ó no es vida la que gozo,
ú de este siglo he pasado
á lo insensible del otro,
ó estoy sin honra, que es mas,
porque bien puede ser todo.
Corazon, en quién consiste

este defecto alevoso?
Averiguemos verdades,
venid al teatro honroso
de la honra, y del valor,
y en su tribunal heroico,
ó morir de lo que siento,
ó vivir de lo que ignoro,
que es infamia del discurso
dexarse llevar del ocio.
La obligacion del nacer,
es observar con decoro
las leyes de haber nacido:
la república de todos
se defiende con algunos:
porque los hechos heroicos,
como nobles dan nobleza
á los unos y á los otros.
El noble siempre es valiente:
nací noble? Sí; pues cómo
soy cobarde? comprehendido
soy, por decreto lustroso
de la honra, que me obliga
desde el nacimiento propio,
á defender con las armas,
como hidalgo valeroso,
la Fe, la Patria, y el Rey.
Luego si no me dispongo
á morir por todos tres,
le falto al Rey en lo heroyco,
á la Patria en defendella,
á la Fe, dando á los Moros
lugar para que la opriman;
y en estos actos heroycos,
soy infáme Ciudadano,
mal vasallo, y sobre todo
mal Christiano, pues agravio,
por inutil y vicioso,
á Dios, al Rey, y á los hombres;
caygase el Etna en mis hombros.
Esto consentís nobleza?
Esto permitís decoro?
Por esto pasais honor?
Esto no vengais enojos?
No es mejor que el sol dispare
un rayo caliginoso,
que en ceniza me convierta?
No es mejor que abran los poros
este torreon de arena,
en cuyo funesto solio
se sepulte para siempre
un hombre tan afrentoso?
Apuremos el discurso:
con qué se hicieron famosos
los hombres? con el valor:
Y este valor por sí solo,
á qué aspira? claro está
que á tres admirables solios:
á la fama, á la nobleza,
y á la honra: luego á todos
afrenta quien no es valiente?
Sí, porque su fama es soplo,
su honra nube que pasa,
su nobleza humo, y polvo:
Luego si yo no conquisto
á lanzadas con los Moros
estas deidades de Marte,
en rigor, entre los otros,
no soy hombre, claro está;
porque si el valor heroyco
hace á los hombres, y yo
no tengo valor notorio,
es, que no soy hombre: oh pesia
mi corazon pavoroso!
taladrele el menor rayo,
apaguele el menor soplo,
sufoquele el menor fuego,
y entre el pesar, y el ahogo,
ni viva de las venganzas,
ni muera de los oprobios.
A mí afrentarme á la vista
de Capitanes famosos,
quitandome de la mesa,
donde Marte belicoso
alimenta rayo á rayo
los Ministros de su Trono?
A mí decirme en mi cara,
que volvi cobarde el rostro
de los Moros? voto á Dios,
que si llovieran los Polos
mas Alarbes que el Diciembre
arroja del Cielo copos,
si granizaran las nubes,
ó destilaran á soplos
turbantes los Elementos,
ó se cayeran á plomo,
que ha de conocer el Cid,

que aqueste diamante bronco
ha descubierto mas luces,
que rayos despide Apolo. *Clarin.*
Eso sí, cuerpo de Dios,
suene el clarin sonoroso,
que ya sabemos la solfa,
por donde el valor heroyco
suele cantar á la fama
sus concertados elogios.
Ya está el Alarbe en campaña,
rompamos por entre todos
los Exércitos de Agar,
y como crecido arroyo,
que se lleva quanto encuentra
por los valles, y los sotos,
asi llevemos cabezas,
tantas, que digan los Moros,
entre el pavor, y el espanto,
entre el temor, y el asombro,
que por descuido del Cielo
se desató de los Polos,
ó toda la quinta Esfera,
ó el valor de Marte todo. *Vase.*

Dase la batalla, y sale Chaparrin.

Chap. Vive Christo, que mi amo
se ha vuelto un vivo demonio;
por Santiago de Galicia,
que vá matando los Moros
por los campos de Valencia,
como si matára pollos.
Cómo valiente mi amo,
y yo cobarde? eso nolo;
por la garra de Sanson,
que han de ver estos cachorros,
no quien lleva el gato al agua,
sino los perros rabiosos.

Aquí se dá la batalla, entrando á los Moros Martin, y luego sale el Cid, y Martin.

Cid. Martin Pelaez, escuchad:
salís herido? de gozo
no estoy en mí. *Mart.* No señor.
Cid. Limpiad la sangre del rostro.
Mart. Esta es gala de la ira,
y se me viene á los ojos.
Cid. Siempre Marte entra con sangre,
oís? Desde hoy os conozco
por deudo mio, escuchad:
Capitan del tercio os nombro
de los Leoneses. *Mart.* Señor:::
Cid. Ois? no ví tal destrozo;
por San Pedro de Cardeña,
que ha muerto doscientos Moros,
mirad, sobrino, de hoy mas
os sentareis con los otros
Caballeros á la mesa:
bien podeis, que yo os abono.
Chap. Yo con quièn he de sentarme?
Cid. Habeis andado animoso?
Chap. Dos Moros y medio he muerto,
y herido noventa y ocho.

Salen Alvar Fañez, y Lain.

Cid. Alvar Fañez, y Laín,
ha sido mucho el destrozo?
Alv. Ha sido grande, y mayor
el estrago poderoso,
que Martin Pelaez ha hecho
en los Valencianos Moros.
Lain. Lauro merece inmortal.
Mart. Capitanes valerosos,
lo que á vosotros se debe
no ha de gozar con elogios
inmortales quien milita
debaxo de vuestro solio.
Alv. Dos Correos de Requena
ahora, señor, llegaron,
y estas cartas me entregaron
del Rey, y Doña Ximena.
Cid. Gran novedad debe haber,
esta es del Rey mi señor,
y dice: »Cid Campeador,
»conviene que á mi poder,
»y á mi servicio vengais
»á Burgos, donde os espero
»con aquese Mensagero:
»Dios os guarde.« Qué aguardais?
dadme un caballo al momento,
la tardanza me condena.

Alv. Leed, señor, de Ximena
la carta. *Cid.* Es atrevimiento
en un vasallo de ley,
de lealtad tan conocida,
aunque le importe la vida,
faltar un punto á su Rey.
Alv. En tanto que procuramos
tu jornada, leerás
la carta, y de ella sabrás
lo que contiene. *Cid.* Leamos:
»Mis lagrimas son testigos,
»que os fuisteis, Cid Campeador,
»y me dexasteis señor,
»entre vuestros enemigos.
»Vos me ordenais, que á la raya
»de Valencia vaya á veros,
»y el Rey, y sus Consejeros
»me han mandado que no vaya.
»Vos andais entre soldados
»conquistando un Reyno al Rey,
»y él contra la justa ley,
»confiscó vuestros Estados.
»Bien claramente se muestra,
»que sois distintos en guerras,
»vos en darle nuevas tierras,
»y él en quitaros la vuestra.
»No permitais, que yo viva
»en tan duro cautiverio,
»ni que le deis un Imperio
»á quien me tiene cautiva.
»Dice Bermudo, señor,
»que al Rey no sois obediente.«
miente Don Bermudo, y miente
qualquiera infame traidor,
que de aqueste testimonio
diere fé, y á la campaña
salga, y verá toda España.
Chap. Demandetelo el demonio.
Cid. Caballeros, entretanto
que doy la vuelta á Requena,
que será muy brebemente.
defended aquesta tierra,
como valientes soldados:
pongase toda la fuerza
en este sitio: hasta tanto
que yo de la Corte vuelva.
Vos, Martin Pelaez, llevad
con cuidado, y diligencia,
antes que yo llegue á Burgos,
los despojos de esta guerra
al Rey Alfonso, que son
catorce Alfanas Turquesas,
once Cautivos Baxaes,
sin otras muchas preseas,
que hemos quitado á los Moros,
y decidle, en quanto llega
mi valor á disculparse,
que mi lealtad, y obediencia
ese presente le envia:
y sepan los que aconsejan
á los Reyes, que á los hombres
como yo que se gobiernan
con rectitud y justicia,
no se confiscan sus tierras.
Vase.
Mart. A Burgos iré, señor,
y aunque sea en la presencia
del Rey, sabrá Don Bermudo,
que esta espada se gobierna
por el impulso de Marte,
laurel de la quinta Esfera.

Vase y sale Elvira con plumas, y espada, y Brianda.

Briand. A tu grande atrevimiento
ninguna accion le disculpa.
Elv. Si yo he tenido la culpa,
disculpeme mi tormento:
amo, á mi primo, y amor
con la fuerza del empeño,
á la vista de su dueño
hará menor el dolor:
vengo á la guerra á buscalle
por centro de mi deseo.
Briand. Mira, señora, que creo,
que andan Moros en el valle.
Elv. El Exército Christiano
detras de ese pardo risco
ha de estar.

Sale la Infanta, y dos Moros.

Inf. Vaya la gente

en

en ese bosque sombrio
ocultandose hasta tanto
que por la margen del rio
baxen todas las Esquadras,
y todos á un tiempo mismo
acometámos al Real
del Católico Enemigo.
Briand. Perdidas somos, señora,
Moros en el bosque he visto.
Elv. Si la fuerza de los Hados,
ó los Astros vengativos
se conjuran contra mí,
lluevan los Cielos prodigios.
Inf. Espera Alí, dos Christianas
entre esos ramos he visto.
Alí. Deteneos á la Infanta.
Elv. Valedme, Cielos Divinos.
Inf. Quién sois? *Elv.* Dos Christianas
á quien el Cielo ha traido
á tu poder por esclavas.
Inf. Dónde caminais? *Elv.* Al sitio
de los Christianos, señora,
á morir de lo que vivo.
Inf. A morir? *Elv.* Sí, que el amor
tiene seguro el peligro.
Inf. Sosiega, Christiana noble,
el alterado sentido,
la Infanta soy, ten valor,
descansar puedes conmigo:
á quién vienes á buscar?
Elv. A quien el alma he rendido:
tengo amor, y soy muger.
Inf. Qué es amor? *Briand.* Un dulce hechizo,
que entrandose por los ojos,
desbarata los sentidos.
Inf. Yo no entiendo esa pasion:
son los Christianos muy finos
con las mugeres? *Elv.* Señora,
los Hidalgos bien nacidos,
nunca engañan á las Damas.
Inf. Serán hombres peregrinos:
dónde están esos Hidalgos?
porque lo que á mí me han dicho
es, que en vuestra tierra hay hombres
de tan doblados caprichos,
que si no engañan sus Damas
con mil requiebros fingidos,
no les parece que cumplen
con quien son, y es desvarío
quererles, sino dexarles.
Briand. Soberanamente ha dicho.
Inf. Es tu nombre?
Elv. Doña Elvira.
Inf. Pues á la guerra has venido
á ver Christiana, tu amante,
vente á Valencia conmigo,
que desde allí te enviaré,
con el decoro debido
á tu persona, á la raya
de Castilla, que hay peligro
si te diera libertad,
y ahora fuera delito
de mi grandeza. *Elv.* Tu mano,
que me concedas te pido,
por tan singular merced.
Inf. Ea, Agarenos, al sitio
del bosque, que antes que el Alva,
relámpago cristalino
de ese délfico Planeta,
corone de luz los riscos,
antes que el bello topacio,
engastado en el anillo
Celeste, surque las once
campañas de nieve, y vidrio,
por esas quatro veredas,
que nos señala este risco,
hemos de dar en el Campo
del Castellano Rodrigo,
ese pasmo de la Europa,
ese Leon del Castillo
de Marte terror, y espanto
de los Pendones Moriscos,
que juro por este rayo
de Alá lunado prodigio,
esta parca de la muerte,
este acerado cuchillo
de Mahoma, á quien venera
la luz del Lucero quinto,

que he de ganalles el fuerte
de Alcocér, aunque del circo
del ultimo Firmamento
baxe en alas de Zafiros
el Patron de la Cruz roxa,
pues para abatir los ricos
esplendores de la Aurora,
para desplomar Castillos,
para conquistar Ciudades,
y sujetar Obeliscos,
basto yo, que de Mahoma
soy exalacion, prodigio,
saeta, cometa, rayo,
relámpago y torbellino. *Vanse.*

Salon, y salen el Rey Alfonso, y acompañamiento, y por otra puerta tambien Pelaez, y Chaparrin.

Mart. Martin Pelaez, gran señor,
sobrino del Cid. *Alf.* Alzad.
A qué venís? *Mart.* Su lealtad,
y conocido valor,
con un presente me envia,
que á los Moros ha ganado,
cuyo triunfo venerado
de la marcial valentía,
dedica á vuestra grandeza,
suplicando le reciba,
para que su afecto viva,
impulso de su nobleza,
en el valor singular
de vuestro laurél sagrado.
Alf. Muy mal consejo ha tomado
Don Rodrigo de Vivar.
Berm. Pretende el Cid, gran señor,
disculpar con el presente
su soberbia inobediente.
solicitando el favor
de tu gracia, habiendo sido
instrumento de la guerra,
con que ha alterado tu tierra
el fiero Moro atrevido,
no es bien que tu Magestad
reciba ahora presente
de un vasallo inobediente.
Mart. Don Bermudo, reparad,
que el Cid por divina ley,
es de la lealtad crisol,
y es el mejor Español
que tiene, ni tuvo el Rey.
Si hablais porque está presente
su Magestad, sin segundo
ha sido el Cid en el Mundo,
y ninguno mas valiente.
Y en esta accion que defiendo
se vé que el Cid ha ganado
un Reyno, y vos por Estado,
al Rey se le vais perdiendo.
Y vá á decir si os agrada,
de ese temor á su escudo,
lo que vá á decir Bermudo,
de la lisonja á la espada,
Y sustentaré por Dios,
que el Cid, soldado de ley,
es para servir el Rey
mejor vasallo que vos. *Tocan.*
Y porque llega á Palacio:::
Af. Basta, pues esto ha de ser;
executad mi poder.

Vase el Rey.

Berm. Luego hablaremos despacio.

Vase, y sale el Cid.

Chap. Qué es despacio? por la cepa
primera, que vió Noé,
que él á caballo, y yo á pie,
le haré voto á Dios, que sepa
quien es el Cid, mi señor,
sí, por San Pedro y San Pablo.
Cid. Qué es esto?
Chap. Haré lo que hablo,
por vida del Campeador.
Cid. Martin Pelaez, qué es aquesto?
Mart. El Rey, Señor, me dexó
en esta quadra, y se entró
con Don Bermudo.
Cid. Que es esto?

Sale Bermudo, y Soldados.

Berm. El Cid está alli, llegad,

llevadle preso á Leon,
que asi por su condicion
lo ordena su Magestad:
qué aguardais?
Sold. 1. Parece error,
que tú sin llegar estes:
pero yo bastaré pues.
Cid. Qué quereis?
Sold. 1. Nada, señor;
dónde habemos de llevar
á Don Rodrigo?
Berm. A Leon,
no se pierda la ocasion.
Chap. Por vida:::
Mart. Yo he de matar:::
Cid. Sosegaos.
Berm. Obre el valor:
qué aguardais, ó qué temeis?
Sold. 1. Está bien,
lleguemos pues.
Cid. Qué quereis?
Sold. 1. Nada, señor,
Berm. O qué costosos retiros!
yo solo quiero llegar,
para poder blasonar.
Cid. Qué quereis?
Berm. Solo serviros.
Cid. No se yo si mi lealtad
apruebe ese frenesí,
pues para servirme á mí,
aun no teneis calidad.
Haced de la lengua alarde,
sin salir de vuestra tierra,
que yo no llevo á la guerra
un lisonjero cobarde.
No importa, si he de escucharos,
que murmureis en mi ausencia,
pues puedo desde Valencia
con el aliento mataros.
Sabed, que aunque está cortada
la pluma de vuestra ausencia,
que hay muy grande diferencia
de vuestra pluma á mi espada.
Vos las antiguas noblezas
cortais con vanos errores;
pero si esta corta honores,
la mia corta cabezas.
Muy bien podeis murmurar,
soltad la lengua arrogante,
que claro está que delante
de mí no osareis hablar.
Y aun creo de mi denuedo,
y de vuestro aleve pecho,
que aun á mi sombra sospecho,
que la tuvieradeis miedo.
Berm. Advertid, que manda el Rey,
que os lleve preso.

Sale el Rey.

Alf. Esperad,
debe oir la Magestad
al reo por justa ley:
Don Rodrigo de Vivar
se quede solo conmigo
en la quadra: por el Cetro,
que por impulso divino
recibí en Santa Gadéa,
que he de ver si Don Rodrigo
manda en Castilla.
Cid. Señor:::
Alf. Seguidme, Vivar,
Cid. Ya os sigo.

Entran por una puerta, y salen por otra, y se corre una cortina, y vense algunos Reyes de España pintados.

Alf. En esta sala Real,
donde el silencio corona
de respeto á mi grandeza,
os pretendo hablar á solas.
A Burgos os he llamado,
para que las culpas todas,
que os imponen mis vasallos,
de que yo tengo memoria,
las absuelva la inocencia,
ó las castigue la honra,
porque el Estado no sufre
violencias escandalosas.
Decidme, con qué pretexto,
con las armas vencedoras,
rompisteis por las fronteras

de

de Aragon, y en Zaragoza
obligasteis á Don Pedro,
Rey de la Provincia toda,
á quexarse de las armas
de Castilla poderosas,
sin tener parte en la guerra,
que hizo vuestra gente propia,
contra la paz asentada
entre estas nobles Coronas?
Con què intento, quando fuisteis
á la conquista famosa
de Valencia, me llevasteis
de Asturias, Leon, y Astorga
los Soldados mas valientes,
que al lado de mi persona,
columnas eran de España,
y pasmo de toda Europa?
Qué os movió, Cid Campeador,
á romper con belicosa
osadía por Monzón,
y Alcocér contra las propias
treguas, que hicisteis por mí
con Mahomad Belerboya,
obligandole á Castilla
á satisfacer la costa,
que al Africano en la guerra
le hicisteis con vuestras Tropas?
En qué os fundais en sacar
para la guerra, que ahora
haceis á Valencia, sea
por fuerza, ó voluntad propia
de los ricos hombres, solo
los tesoros que ellos gozan?
A qué fin, ó con qué intento
quereis llevar vuestra esposa,
y vuestras hijas al Reyno
de Valencia? què discordia
introducís al Estado?
Por ventura, en esta gloria
del vencimiento, quereis
de Valencia la Corona,
pasando desde vasallo
á la Diadema costosa
de Príncipe soberano,
sabiendo vos, que la sombra
del reynar ofende á quien
con noble título goza
el laurél de sus vasallos?
Vuestra soberbia es notoria:
vos las leyes Militares
las haceis sentencias propias?
Y sin dar parte al Consejo,
sois arbitrio de las otras
Naciones confederadas
á las dos Castillas solas?
Qué es esto, Cid Campeador?
qué nube vanagloriosa
se opone al solar antiguo
de vuestra nobleza heroica?
en qué fundais estos duelos?
Se os borró de la memoria,
que soy Don Alfonso el Sexto
Rey de Castilla, que goza,
por la lidia de los Reyes,
la famosa sangre Goda?
Hablad, que os he concedido
este breve plazo ahora,
por no faltar, como debo,
á la parte generosa
de la Divina justicia,
pues con ella, y la notoria
igualdad de mi Consejo,
sabré castigar discordias,
sabré oprimir vanidades,
y sabré, sin que se opongan
vasallos inobedientes
al poder de mi Corona,
ponerles junto á los pies
las cabezas sediciosas,
que en tales casos no tiene
lugar la misericordia.

Cid. Estaba considerando,
que en aquesta sala propia
vuestro padre, que ya asiste
en Alcazares de gloria,
me dixo un dia, viniendo
de vencer á Limaona,
de los pies á la cabeza
bañado de sangre Mora:
Cid Rui Diaz, por vos reino,
mas vale vuestra tizona,
que quantas corbas cuchillas,
que quantas espadas cortan
por decreto de la muerte:

Chap. Y despues de cautiva en mi
presencia,
te quedes á la Luna de Valencia.
Rey. Toma asiento, Christiano valeroso,
debido á tu nobleza,
Chap. Si es forzoso,
sentemonos tambien.
Rey. Qué haces, villano?
Chap. Sentarse entre estas Moras un
Christiano. *Inf.* Sepamos tu Enbaxa-
Mart. Lo que siente (da.
mi General, diré muy brevemente.
Don Rodrigo de Vivar,
Señor de Cardeña y Alva,
Conde de Orgaz y Alcocer,
Gobernador de las Armas
de Alfonso Rey de Castilla,
Gran Chanciller en su casa,
y del Consejo de Guerra
primer Ministro en España;
salud y paz os envia.
Dice, que estando cercada
por las Armas de su Rey
esta Ciudad coronada
de tanto Agareno fuerte
un tiempo, y hoy por la gracia
de Dios tan de parte suya
la victoria, que no falta
sino el asalto postrero
para rendirla y ganarla,
que os dá de Plazo seis horas
para que de la atalaya
las llaves de la Ciudad
le envies antes del Alva;
porque si no, desde luego,
requiere, avisa y declara,
que ha de llevar á cuchillo,
sin reservar de tu casa
la sangre Real que te asiste
toda la Ciudad que basta
que las Armas de su Rey
hayan tenido cercada
un año esta gran Ciudad;
no indigneis del Cid la saña,
porque si se enoja, pienso
que si sube á las murallas,
que se lleve de un reves
quantas Moriscas gargantas
tiene, no solo Valencia,
pero Marruecos, Aljama,
Tunez, Argel, y la gran
Casa de Meca, y el arca
del Zancarron de Mahoma,
tan venerado en el Asia.
Inf. Con tu licencia pretendo
respondelle. *Chap.* Linda galga.
Inf. Embaxador, dile al Cid,
que Altisidora la Infanta
de Valencia, gran Princesa
de Denia, luna Africana,
del Alcoran, y cometa
de las Esquadras Christianas,
no solo quiere rendirle
esta Ciudad soberana
pero que le notifica,
que antes que pase mañana,
le ha de echar de todo el Reyno
de Valencia, y en su Alfana,
que en las ráfagas del viento
es hypógrifo con alas,
ha de llegar á poner
las diez lunas Otomanas,
con el Pendon de Mahoma,
no solo en las torres altas
de Burgos, sino en Zamora,
Palencia, Toro, Cantabria,
Pontebedra, y sobre el mismo
sepulcro, que tiene y guarda
Galicia del gran Patron
de los Imperios de España.
Mart. Yo te alabo tu ventura.
Inf. Yo Christiano, tu arrogancia.
Mart. Con la paz te ruega el Cid.
Inf. Yo con la guerra y las armas.
Mart. Lástima tengo á tu mucho
valor, y hermosura rara.
Inf. Yo á tu presencia, que tienes,
si la vista no me engaña,
valor, nobleza, y poder,
valentia y arrogancia.
Mart. La paz se debe admitir.
Chap. Mas quiere la paz de Francia.
Salen Elvira, y Brianda.

Elv.

Elv. Qué es Embaxador del Cid
el que ha llegado?
Briand. La Infanta
está aquí con él. *Mart.* Qué veo!
Chaparrin, se engaña el alma;
no es esta mi Prima? *Chap.* Si,
y con ella está Brianda.
Elv. Cielos, qué miro!
Briand. Señora.
Elv. Vivid, muertas esperanzas.
Briand. No es tu primo y Chaparrin?
Inf. Cenoces, noble Christiana,
á este Embaxador?
Elv. Señora,
el Christiano que buscaba
quando tu me cautivastes,
es este. *Inf.* Detente, aguarda,
que no has de ir con él.
Chap. Qué haremos?
Mart. Aunque me mate la guarda,
aunque las leyes se rompan,
ó morir, ó libertarlas.
Chap. Parece cosa imposible;
ya voy tentando la espada.
Mart. Esto es fuerza, obre el valor.
Chap. Lo demas es patarata.
Mart. Suplicote me concedas
llevar aquesa Christiana
por ser prenda que yo adoro.
Chap. Yo llevarme la criada,
á pesar de Berbería,
del zancarron, y la pata.
Rey. Christiano, esa Esclava noble
no es posible que la Infanta
te la conceda. *Mart.* Bien sé
que de una Ciudad cercada
no puedo escapar con vida;
pero el empeño me llama,
yo he de librarla.
Rey. Qué dices?
de mi Palacio no salga
con vida. *Elv.* Válgame el Cielo!
en todo soy desgraciada.
Rey. Matadlos.
Celim. Mueran.
Inf. Teneos.
Mart. Quién ha de morir, canalla?
Rey. Las leyes de Embaxador
á ese Español no le valgan;
matadlos digo. *Inf.* Esperad,
no han de decir que las armas
de Bucar Rey de Valencia,
y Altisidora la Infanta,
rompieron con deshonor,
aunque haya bastante causa,
el derecho de la guerra;
fuera de que la bizarra
valentía del Christiano,
el oponerse á la guarda,
el dar su vida á la muerte,
por defender á su dama,
mas obliga que desprecia,
mas ennoblece que agravia;
y si Christiano no fuera,
él rigiera mis Esquadras,
pero es contra mi valor;
el buscarlo en la campaña
es accion de mi grandeza;
ya tienes libre la Esclava,
sigue, Christiana, tu amante.
Elv. Con la vida y con el alma.
Mart. Qué me mirais, Africanos?
Chap. Qué me mirais, Africanas?
Mart. No llega alguno?
Chap. No llega?
Mart. Ven Elvira.
Chap. Ven Brianda.
Inf. A la muralla, Soldados,
toca al arma. *Vanse.*
Rey. Toca al arma.
Salen el Rey Don Alfonso, Alvar Fañez, y Bermudo.
Alv. Vuestra Magestad, Señor,
en el campo de Valencia
honrando con su presencia
vasallos á quien da honor?
Alf. Solo con Bermudo vengo
á ver al Cid recatado,
mas no sepa que he llegado,
que aunque tan seguro tengo
de un vasallo tan leal
el pundonor y la ley,
debida siempre á su Rey
por derecho natural,

 pre-

pretendo que le digais,
Alvar Fañez, que yo soy
un Caballero que voy
á servirle. *Alv.* Vos llegais
á tiempo que de esta parte
sale el Cid á recoger
sus quarteles, y á poner
reglas al valor de Marte,
y hay media legua, señor,
al Campo de Peñalvél,
y podeis hablar con él,
que la noche con su horror
podrá encubrir, aunque mal,
el Sol de vuestra grandeza.
Alf. De vuestra mucha nobleza
fio esta accion principal:
Decidle, que yo me llamo
Don Enrique de Castilla.
Alv. El viene aquí con Lain.

Sale el Cid y Lain.

Cid. Es Alvar Fañez? *Alv.* El mismo
soy, que aqui estaba aguardando;
ea, llegad, Don Enrico:
Este noble Caballero
señor, que veis, ha venido
cumpliendo con su nobleza,
desde la Corte á serviros,
es mi amigo, y de la Casa
de Castilla. *Alf.* Siempre he sido
de la casa de Vivar
deudo, criado y amigo.
Cid. Yo lo soy vuestro, y venís
á tiempo que vuestro brio,
valor y sangre se emplee
en vencer al enemigo;
y pues alguna distancia
hay al campo donde asisto,
dadme nuevas de la Corte.
Berm. Ellos van entretenidos,
sigamoslos á lo largo,
y en tanto habrá amanecido,
y habra logrado su intento.
Alf. En la Corte, Don Rodrigo,
hay lo que siempre, lisonjas,
pleytos y pocos amigos.
Cid. Cómo está el Rey, mi señor?
Alf. Bueno está, pero afligido
con las guerras de los Moros.
Cid. Pues hay mas que destruirlos!
Alf. De qué suerte?
Cid. De esta suerte:
tenedlos por enemigos,
no fiarse de sus tratos,
ni en el comercio admitirlos,
y vereis si no se acaban
en tres años ellos mismos.
Alf. Riguroso arbitrio es ese.
Cid. No os canseis, el enemigo,
si entra en mi casa dos veces,
sabe todos mis designios;
si le concedo que venda
sus frutos, él queda rico,
y yo pobre; y para mí
no hay mas diabólico arbitrio,
que consentir á quien Dios
tiene por sus enemigos.
Alf. Está el tesoro del Rey,
con las guerras que ha tenido,
muy acabado. *Cid.* Eso es facil,
que contribuyan los ricos,
porque en tocando á los pobres,
dadlo todo por perdido.
Alf. Si el Rey ganára á Toledo,
quedára el Reyno excluido
de guerras por muchos años.
Cid. Dexadme vos, Don Enrico,
que una vez gane á Valencia,
y vereis si Don Rodrigo
de Vivar gana á Toledo.
Alf. Está fuerte el enemigo.
Cid. Mas fuerte está Santiago,
que no dexa Moro vivo
en saliendo á la campaña.
Alf. Es verdad, lo mismo digo.
Cid. Qué dicen de mí en la Corte?
Alf. Nunca faltan enemigos;
el Rey no olvida jamas
el juramento que hizo
por vos en Santa Gadea.
Cid. Aun le dura ese capricho?
Alf. No os quiere bien.
Cid. Yo lo creo.

quiera ó no, yo le he querido,
y quiero como á mi Rey.
Alf. El es cruel, vengativo,
soberbio, ambicioso::: *Cid.* Basta,
escuchadme Don Enrico,
en diciendo mal del Rey,
no habemos de ser amigos.
Alf. Si lo sereis, porque yo
con grande extremo he sentido
el haberos confiscado
vuestras tierras. *Cid.* Si lo hizo;
son suyas, púdolo hacer.
Alf. No pagar el beneficio
ingratitud me parece
y por esta causa digo,
que es un Príncipe cruel.
Cid. Sin duda á lo que imagino,
quereis que los dos riñamos.
Alf. Que os reporteis os suplico.
Cid. No teneis que suplicarme,
porque al padre que me hizo
matára si me dixera mal del Rey.
Alf. O buen Rodrigo, *ap.*
ó vasallo el mas leal,
que tuvo Principe invicto!
escuchadme, no es mejor
cobrar vuestro Estado mismo
en el Reyno de Valencia?
Cid. Mal mi colera resisto.
Alf. Ganadla, y quedaos con ella,
que en vos no será delito.
Cid. Don Enrico, ó Don Demonio,
que habeis salido al camino
á tentarme, de esta suerte
doy á traidores castigo.
Alf. Advertid que soy el Rey.
Cid. El Rey?
qué es lo que habeis dicho?
á la luz que arroja el Alva,
á mi Rey he conocido: *arrodillase.*
Señor, vos aquí? qué es esto?
Alf. Dadme los brazos, amigo;
mas qué rumor:::
Buc. dent. O matadlos,
ó llevadlos por cautivos.
Cid. Moros son, no os dé cuidado,
que si vos estais conmigo,
toda el Africa es muy poca:
ha perros. *Salen Moros.*
Alf. Mueran, Rodrigo.
Cid. No os aparteis de mi lado.
Dent. Ali. Válgame Alá, qué prodigio!
retiremonos al bosque.
Cid. Como galgos han corrido,
menos algunos que quedan
por esos campos tendidos:
á buena presa aspiraban
los perros de los Moriscos;
no es nada, á prender á un Rey
de Castilla, y á Rodrigo
de Vivar; pero señor,
de Burgos habeis venido
con riesgo tan evidente?
Alf. Cid Ruy Diaz, no hay peligro
donde llega vuestra espada.
Dent. Alv. Moros en el bosque
he visto, acudid.
Salen Alvar Fañez, Lain y Bermudo.
Cid. Ya llegais tarde.
Alv. Señor, qué os ha sucedido?
Cid. Alvar Fañez, no, no es nada;
vuestro amigo Don Enrico
anduvo como pudiera
el Rey de Castilla mismo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
deudo, vasallo y amigo,
mi engaño, y vuestra lealtad
claramente he conocido,
con secreto vine á veros
y desde luego confirmo,
que quanto de vos dixeron
lisonjeros enemigos,
fueron nubes del Estado,
vapores tan encendidos,
que al sol de vuestra nobleza
se opusieron atrevidos;
no solo vuestros Estados
quedan libres, pero digo,
que si partiera el Laurel
con vos, fuera muy sucinto
premio para laurear
vuestros hechos peregrinos;
á los confines de Cuenca
me parto donde el aviso

de

de haber ganado á Valencia,
esperaré, que yo fio
del Apostol Santiago,
Principe por quien vencimos
tan milagrosas batallas,
que con impulsos divinos
gobernará las Esquadras
de los Católicos hijos
de la Militante Iglesia.
Cid. Que perdoneis os suplico,
Rey Alfonso, mis defectos,
como yo á mis enemigos:
el mas valiente Soldado,
el Capitan mas altivo,
el perdonar los agravios,
y en consolar los rendidos
debe fundar el favor,
que los Christianos avisos
nos mandan que perdonemos
los duelos que recibimos:
llegad, Bermudo, llegad,
que quiero ser vuestro amigo.
Berm. Confieso que no merezco
favores tan peregrinos.
Alf. Tan sábio como valiente,
tan recto como entendido,
tan piadoso como noble
es el Cid; ya los avisos *Toca.*
marciales señas nos dan
de la guerra Don Rodrigo,
á Dios. *Cid.* En tocando Marte
su militar exercicio,
no hay hombre cuerdo á caballo;
á Dios. *Alf.* Varon peregrino,
admirable Consejero,
y Alexandro no vencido
es este pasmo del Orbe,
este asombro de los siglos.
Vase el Rey y Bermudo, y sale Martin Pelaez, y Chaparrin.
Cid. Martin Pelaez, qué dice el enemigo?
Mart. Señor,
que no pretende ser tu amigo,
que á Valencia, ni el Fuerte ha de entregarte,
que gobierna Mahoma su Estandarte,
que ha de echarte del Reyno de Valencia,
que su pendon pondrá sobre Palencia,
Burgos, Cantabria; y porque dixe luego,
que habeis de llevar á sangre y fuego
esta Ciudad, y dar con el gobierno
de la Casa de Meca en el Infierno;
me respondió la Infanta que pondria
las diez Lunes, señor, de Berbería,
con militar estrago,
sobre el sepulcro del Patron Santiago;
y así, señor, acometamos luego,
llevemos la Ciudad á sangre y fuego;
mejor será pasallos á cuchillo.
Alv. Y mejor el obrallo, que el decillo.
Señor, á qué aguardamos,
que este baxél soberbio no asaltamos?
Lain. A la vista ha llegado
tu Exército aclamado
está desde el Oriente
hasta el último clima del Poniente.
Chap. Mueran estos Paganos;
de qué sirve que andemos los Christianos
en razones dobladas?
vive Dios que si subo, á bofetadas,
no ha de quedar perrengue
que á palos no derriengue,
cercandole de un tajo la canilla
del Zancarron, sin que le dexe astilla.
Dent. Inf. A la muralla, fuertes Capitanes.
Dent. Rey Buc. A los Castillos.
Cid. Rabien estos canes,
antes que con las flechas nos reciban.
Dent. Bucar y Altisidora vivan.
Dent. Vivan.
Cid. Capitanes y nobles Caballeros,
para ahora se hicieron los aceros:
esta es Valencia, á quien el Turia baña,
noble teson de nuestra madre España,

firme atalaya de las ondas bellas,
imán del resplandor de las estrellas;
hoy con valor previsto,
pues peleamos por la Fe de Christo,
sus muros asaltemos,
y el Alcorán de su Ciudad echemos.

Lart. Si como ostenta esta soberbia cumbre
veinte mil Agarenos, ostentára
rayos forjados en la etérea lumbre,
por ellos con valor me abalanzára;
y si toda la inmensa pesadumbre
de Moros el Olympo granizára,
aquí formáran los mortales ecos,
y espiráran en Tunez, y en Marruecos. *vase.*

Alv. Si á trepar por la escala intempestiva,
nave del Ponto, Moros despidiera,
y llovieran adargas desde arriba
los Polos donde el Etna se escondiera,
con esta por la esfera sucesiva
tantas cabezas moras dividiera,
que imaginára la Region mas vana,
que llovian las nubes sangre humana. *vase.*

Lain. Si á diluvios el Africa oprimida
por las almenas Moros arrojára,
coronando su aljaba no vencida
de monstruos que el abysmo desatára,
con esta espada, de valor regida,
tantos cuerpos Alarbes destroncára,
que al eco horrible de los ecos broncos
se arrancáran los exes de los troncos. *vas.*

Chap. Qué lindos disparates de Poeta!
de qué sirven hypérboles civiles?
por la cabeza que cortó el Profeta
al Gigante de fuerzas varoniles,
que si subo lo queme con su Seta,
y derritiendo al Sol quatro perniles,
á pesar de Mahoma, y su gobierno,
los envie pringados al infierno. *v.*

En las almenas todos los Moros y Moras, y la Infanta.

Inf. Valerosos Agarenos,
rayos de nuestro Profeta,
defendamos como nobles
la gran Ciudad de Valencia.

Aquí se da la batalla, los Christianos suben por escalas por los lados, cubiertos con rodelas, y los Moros con alcancías, y Martin Pelaez sube, y pone el Pendon despues.

Cid. Ea, Castellanos nobles,
la Fe de Christo profesan
nuestros fuertes corazones:
España, Santiago, cierra.

Inf. La Ciudad hemos perdido.

Dent. Al Fuerte. *Dent.* Al foso.

Dent. A la puerta.

Dent. Victoria, España, victoria.

Mart. arrib. Coloquemos la bandera,
Valencia por Don Alfonso,
Rey de Castilla.

Sale el Cid.

Cid. Ya reyna
en Valencia, por la gracia
de Dios, Alfonso, la diestra
del gran Dios de las Batallas
ha sido nuestra defensa;
pero acudamos al Fuerte,
porque todo se prevenga.
Vase, y salen los Moros huyendo.

Rey Buc. Salgamos por el postigo
á la campaña, á la vega,
pues que perdimos Soldados
la gran Ciudad de Valencia,
escapemos con las vidas,
para que con mayor fuerza
volvamos á recobralla.

Vase, y sale Martin Pelaez, y Alvar Fañez riñendo, y la Infanta.

Mart. Mia ha de ser esta empresa.

Alv. Viviendo yo no es posible.

Mart. Yo llegué á reconocella.

Alv. Primero he llegado yo.

Inf. Sobre qué es la competencia?

Mart. Sobre servirte, y llevarte,
como á Persona Real,

an-

ante nuestro General,
que el mayor triunfo de Marte
no es vencerte, es venerarte
por quien fuiste, y por quien eres,
y así vencedora eres
de nuestros merciales nombres,
porque el rendir á los hombres
solo toca á las mugeres.
Alv. Es verdad, pero mi espada
á cuchilladas rompió
la Esquadra de Alí, y sacó
á la Infanta de su armada:
y pues ha sido ganada
por este brazo, se infiere,
que aquel que la pretendiere,
fuera del Cid, entre los dos,
le he de matar, vive Dios,
si el mundo lo defendiera.
Mart. Primero que vos llegué
á la Esquadra belicosa
de la Infanta valerosa,
y su valor conquisté:
y pues este acero fué
el que la pudo sacar
de tan oculto lugar
á pesar de sus blasones
pues nos hemos de matar
escusemos de razones.
Inf. Escuchad, formar un duelo,
sin haber causa, parece
que ningun lauro se ofrece
al aliento, ni al desvelo;
antes yo con justo zelo
podré sin culpa culparos,
porque si son los reparos
en haberme á mí vencido,
y la espada no he rendido
sobre qué quereis mataros?
Este acero está en mis manos,
y el impulso que le rige
solo el vencedor elige
para blason soberano;
y pues á cumplir me allano
este decreto del cielo,
cese el militar desvelo,
y no os disgusteis, por Dios,
que he de matar á los dos
por escusaros el duelo.
Mart. Primero ha sido el honor.
Alv. La honra ha de ser primero,
obre el valor. *Mart.* Decís bien.
Sale el Cid.
Cid. Qué es aquesto, Caballeros?
quando á Valencia rendimos
se encuentran vuestros aceros?
sobre qué ha sido el disgusto?
Mart. Sobre que los dos á un tiempo
cautivamos á la Infanta.
Cid. Yá está entendido el pretexto:
Si vuestra Alteza es la causa,
disculpa tienen sus yerros.
Inf. Sois el Cid? *Cid.* El mismo soy.
Inf. Solo á vos rindo mi acero,
que otro ninguno en el mundo
tuviera tan grande imperio,
que sujetase este baazo.
Cid. Yo, señora, no sujeto,
aunque sois Palas divina,
los femeniles trofeos:
hoy quiero que conozcais
mi nobleza, que los duelos
de tan valientes Soldados,
sin competencia los premio.
Acompañad á la Infanta
hasta el Castillo Requero,
donde el Rey se ha retirado,
que yo libertad la ofrezco;
y decidle á vuestro padre,
que pase al Africa luego
á pedir nuevo socorro
á Miramolin su deudo,
que el Cid sabrá, como siempre,
aunque traiga de Marruecos
cien mil ginetes Celinos,
ó matallos, ó prendellos.
Inf. Qué valor! qué magestad!
Cid. Libre estais, guardeos el Cielo.
Vanse, y salen Chaparrin, y Alí.
Chap. No hay un esclavo que salga
á servirme? Alí, Celin?
Alí. Qué mandais?
Chap. O casta ruin,
engendrado en una galga!
limpia aquí. *Alí.* Tu esclavo soy.
Chap

Chap. A mucha grandeza vengo;
ducientos esclavos tengo,
dado á mil perros estoy:
Ola. *Ali.* Señor. *Chap.* Dónde estan
mis perros para pringallos.
Ali. Limpiando estan tus caballos,
Chap. Dónde Moro?
Ali. En el zaguan.
Chap. Haced que pongan de gala
el alazán. *Ali.* Puesto está.
Chap. Pues qué hace el caballo allá?
subidlo luego á esta sala.
Ali. Por imposible lo hallo:
mirad que es falible yerro.
Chap. No subis vos siendo perro?
por qué no podrá el caballo?
Ha Celinilio? *Ali.* Señor.
Chap. Pon igual la quiroteca:
dime en la casa de Meca
has besado el zancarron?
Ali. Señor, nosotros tenemos
por Divino, y por Profeta
á Mahoma. *Chap.* Linda secta.
Ali. Y por ella moriremos.
Chap. Cómo puede ser Divino
un hombre que no bebió
vino en su vida, y mandó
que no comiesen tocino?

Vanse, y salen Alvar Fañez, Martin Pelaez y Lain.

Alv. Retirado el Cid está
en su retrete. *Mart.* Esperemos
en esta quadra, y sabremos
el orden que se nos da.
Lain. Fatigado de las guerras
está este insigne varon.
Mart. Su invencible corazon
conquistando tantas tierras,
juntamente con la edad,
aun no se quiere rendir.
Dent. Cid. Quien nació para morir,
vivió de su vanidad:

Descubrese el Cid hincado de rodillas delante de un quadro de San Pedro.

Pedro, ó piedra, donde Christo
fundó su Iglesia sagrada,
la voluntad del Señor
es norte de mi esperanza:
pequé, Señor, ay de mí!
Mart. Señor, qué tienes?
Cid. Aguarda,
Apostol santo, Lain,
Alvar Fañez, luz sagrada,
Martin Pelaez.
Mart. Qué accidente?
Cid. Qué accidente? no ser nada
este edificio mortal.
Deudos, y amigos del alma,
compañeros, pues lo fuisteis
en mis dichosas batallas,
Soldados los mas valientes,
que tuvo el mayor Monarca,
columnas del Rey Alfonso,
defensa de toda España:
oid mis breves razones,
atended á mis palabras.
El gran Apostol San Pedro
anoche, quando velaba
el espíritu, y dormia
esta arquitectura humana,
me dixo: Cid Campeador,
antes que pase mañana,
irás á dar cuenta á Dios,
dexa aparte tus hazañas,
que de todas tus victorias,
sola una débil mortaja
sacarás de aqueste mundo:
amigos, en esto paran
los aplausos de este siglo.
Ciento treinta y dos batallas
he vencido, quince Reyes
de la Agarena prosapia
he cautivado, tres Reynos
he conquistado por armas,
quarenta y siete Castillos,
diez Ciudades en España,
y mas de quarenta Villas
he ganado con mi espada.
Setenta y dos años traxe
las armas en la campaña,
sin que me impidiese el Sol,
ni fatigase la escarcha,
por mi Ley y por mi Rey,
por mi honor, y por mi patria.
Pasé al Africa dos veces,
mi valor ha visto Italia,

el Persa tembló mi nombre,
y mi pundonor la Francia.
Tres Reyes he conocido,
Fernando mi nombre aclama,
Sancho estimó mi persona,
y Alfonso mi ilustre casa;
pero todas estas glorias,
como son nubes que pasan,
si con la muerte se olvidan,
con la vanidad se acaban.
Este Leon Español,
con la ultima quartana
su esfuerzo vital depone,
su erizada piel arrastra.
Amigos, el Cid se muere,
ya la sentencia está dada
en el Tribunal Divino,
acudamos luego al alma,
que es la joya mas preciosa
que nos dió la primer causa.
Hijos, el Rey de Valencia
pasó al Africa, mañana
con Miramolin su deudo,
cubrirán esas campañas
de cien mil alarbes Moros;
y si saben (cosa es clara)
que yo he muerto, alentarán
sus Africanas Esquadras.
Embalsamadme, hijos mios,
y con artificio y maña
ponedme sobre Babieca,
que si yo tengo mi Espada,
seré terror de los Moros:
sacareisme á la batalla,
que si tengo la tizona
á vista de sus Esquadras,
no hay que temer, aunque venga
toda el Africa, y el Asia.

Sale Bermudo.

Berm. El Rey, señor, por la posta
de Cuenca llega á tu casa.

Cid. Qué decis?

Sale el Rey.

Alf. No me pudiera
suceder mayor desgracia.

Cid. Señor? *Alf.* Amigo Rodrigo,
Sol de las Armas christianas,
Marte Español, qué teneis,
primo, y amigo del alma?
Sentaos. *Cid.* Perdonad, señor,
que ya las fuerzas me faltan.

Alf. Cómo os sentis?

Cid. Como quien
pretende hacer la jornada
ultima de nuestra vida.

Alf. Nunca á Valencia llegára
para ver tan gran desdicha.

Cid. Señor, nuestros gustos pasan
como exâlacion que muere,
antes de arrojar la llama:
Rey Alfonso, dueño mio,
que vivais edades largas,
pues empezais á ser Sol,
no os eclipsen nubes pardas:
buenos Vasallos teneis,
callen todos los Monarcas,
que la lealtad Española,
por naturaleza sabia,
por decreto de la honra,
solo en España se halla.
Señor, siempre á la Nobleza
dad los cargos de importancia,
que los descuidos de un noble,
son aciertos de otras casas:
Miradme por los Soldados,
que son las columnas sacras
del Imperio, oís, Señor,
como á hijos los regala
el buen Príncipe, y en vos
esos decoros no faltan.
Muy buenas serán las letras,
y es justo, señor, honrarlas;
pero advertid, que dos plumas
pueden gobernar el Mapa,
pero para defenderos
no bastan muchas espadas.
Cien hombres en los Consejos
gobiernan con vigilancia,
y en la guerra muchos miles
aún no gobiernan las almas:
mas estimo yo un Soldado,
que quantos ociosos andan
infamando con los vicios
la nobleza de su Pátria,
que el uno vela en la guerra,
y el otro duerme en su cama.

Soldados, Alfonso mio,
que en ellos siempre descansa
el cuidado de los Reyes,
y el peso de las batallas;
porque os sirvan en la guerra,
perdonad algunas faltas,
mueran, señor, por la Fé,
no mueran por sus desgracias.
A Ximena os encomiendo,
mirad, señor, por mi Casa,
como yo he mirado siempre
por vuestra Corona sacra,
y de rodillas: : :
Alf. Qué haceis?
Cid. Arrojarme á vuestras plantas,
pidiendoos perdon, señor,
de la enemistad pasada.
Soldados mios, á todos
digo lo mismo, mis faltas
han sido grandes, mis culpas
confiesa á voces el alma:
abrazadme, hijos queridos.
Alf. A los mármoles ablanda.
Mart. Qué dolor!
Alv. Qué pena! *Cid.* A Dios,
que ya el aliento me falta:
misericordia, Señor. *muere.*
Alf. Llore España tal desgracia.
Vanse todos, llevandole, y quedan Martin y Alvar Fañez, y sale Chaparrin.
Chap. Señor, que somos perdidos.
Mart. Qué hay de nuevo Chaparrin?
Chap. Qué ha de haber, que en esta
el Rey Bucar Bencegui, (Playa
en mas de ducientas Naves,
que le dió Miramolin,
vá desembarcando perros,
ó Moros de mil en mil:
rabiando vienen los perros,
que no los puedo sufrir,
de haber tenido en sus hombros
tanto galgo Berberí.
No escuchas la algaravía
de los mastines, decir
en lengua podenca, mueran
estos Christianos del Cid?
Si él muere pienso que irémos
á majar esparto, sí,
á las mazmorras de Orán.
Mart. Alvar Fañez, repartir
podemos nuestras Esquadras.
Alv. Antes que el Bárbaro vil
acometa á las murallas,
podemos todos salir
á presentar la batalla. *vasen.*
Chap. Acabóse, yo perdí
mis esclavos; pero antes,
por vida de Chaparrin,
que he de pringallos primero
que su Rey Miramolin
me los rescate á buñuelos:
voy el tocino á freir,
y á chamuscarles el alma
con uno y otro pernil. *vanse.*
Vista de Valencia, y salen el Rey Bucar, la Infanta y Moros.
Rey. Próspero viento truximos,
las Tartanas, y las Naves,
aquellas cisnes de pino,
y estas de Neptuno aves,
sobre el salado edificio
fueron Planetas errantes.
Arl. Nuestra Armada se compone
de cinco mil Alfacares,
y diez mil Miramolines,
con seis mil Ginetes Canes.
Cel. De improviso hemos cogido
á la Ciudad. *Rey.* Por qué parte
será bien que nuestra gente,
ó la combata, ó la escale?
Inf. La puerta de la Marina
es la mas segura parte,
que podemos escoger
para no perder las Naves
de vista. *Arl.* Seguramente
será la salida fácil.
Inf. Valgame Alá, qué silencio
tiene la Ciudad! no sale
á la eminencia del muro
ningun Ministro de Marte.
Rey. Cómo con nuestra venida
no se ven los Baluartes
coronados de Españoles?
Novedad se me hace grande
ver la soledad que tiene
esta fuerza inexpugnable.

Inf.

Inf. Tiene el Cid con el valor,
ardides, señor, notables;
pero cesen los discursos,
los Miramolines marchen
al Puente, y seguidme todos
los mas esforzados Martes:
Esta es Valencia, Soldados,
la que por largas edades,
á pesar de los Christianos,
habitaron nuestros padres;
pues la perdimos, volved
ahora por vuestra sangre,
ó restaurarla, ó morir
como buenos Capitanes.
Rey. Ahora, Soldados mios,
es el tiempo que reparte
nuestro Profeta el valor,
nuestros lunados alfanges
rayos de Alá se acrediten
en los tronos Militares:
al Puente, Soldados mios,
que pues al Campo no salen
los enemigos, nos temen.
Inf. La puerta pienso que abren:
toca al arma. *Todos.* Al arma toca.
Dase la batalla, saliendo los Christianos por una puerta, Moros por otra, y saldrá el Cid despues en un caballo, y al verle los Moros huyen como espantados, dando vuelta al tablado, y entrase el Cid.
Inf. Pero este es el Cid, que sale
echando rayos de fuego.
Rey. Valgame Alá, qué espantable!
retiremonos, que viene
este Castellano Marte
abrasando quanto encuentra. *vase.*
Dent. Mueran los perros cobardes.
Sale Mart. No quede vivo ninguno,
quemadles luego las Naves.
Sale Alf. Aún muerto el Cid se corona
de trofeos Militares.
Sal. Tod. El Rey Don Alfonso viva.
Sale la Infanta.
Inf. A tus pies, Christiano Atlante,
la Infanta llega, pidiendo
que tu Magestad la ampare,
dandole el santo Bautismo;
porque milagros tan grandes,
solo los puede alcanzar
quien tiene á Dios de su parte.
Alf. Sangre Real, que se reduce
á la Fé, justo es que alcance
el estado que merece:
vuestro esposo es Alvar Fañez.
Alv. Es premio de tu grandeza.
Alf. Vos, Noble Martin Pelaez,
Virrey de Valencia sois.
Mart. Pues hoy mercedes reparte
vuestra Magestad, mi prima:::
Alf. Si es blason de vuestra sangre,
con ella os doy á Requena.
Elv. El Cielo tu vida guarde.
Brian. Oyes, Chaparrin.
Chap. Brianda,
pues contigo he de casarme,
pídele al Rey doce Villas.
Alf. Demos órden, Capitanes,
que el cuerpo del Cid se lleve
con triunfo sonoro y grave
á San Pedro de Cardeña.
Chap. Y porque parece tarde,
demos fin á la Comedia
del Noble Martin Pelaez.

FIN.